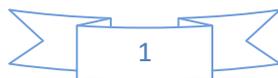


JOSE RIOS

HABITANTES DE BALDÍOS

SALTA



En abril de 1983, cuando José Ríos editó su libro: “Por el camino de siempre”, publiqué una nota intentando hacerle justicia. Pero no hice un análisis de su poesía, esa vivisección a veces morbosa que los críticos realizan con la creación ajena. Ponerme en tasador de las formas de expresar sentimientos, es un trabajo antipático que me queda grande. Hice entonces lo único que entendía correcto: hablé de José Ríos. Conté de sus actitudes y de sus amores, traté de explicar sus motivos en lugar de desmenuzar sus palabras. Pienso que, en definitiva, todo análisis suele ser una simple especulación sobre estética, esa subjetividad que va cambiando constantemente junto con el mundo. Por eso, bosquejé un retrato que mantiene su vigencia, porque José Ríos permaneció invariablemente fiel a sí mismo. Con cambiar solamente las referencias literarias, puedo repetir aquellas frases sabiendo que son veraces palabra por palabra.

“Mientras sus creaciones andan por el mundo provocando aplausos, sigue igual, siempre humilde y bonachón, con esa carga de humanidad que le ha dado un título más importante que la fama o los honores: José Ríos es un hombre bueno. Y además no parece un poeta. Le faltan el atildamiento, la languidez de ademanes, los amaneramientos que impusieron como un estereotipo los rimadores finiseculares. José Ríos es bajo, grueso, con apariencia de gran fuerza física, comedido y sencillo. De risa fácil y mirada penetrante bajo las cejas hirsutas, sugiere a Sancho antes que a Don Quijote. Pero debajo del aspecto cazurro, escondida en sus modos lentos, siempre anduvo alborotando esa hermosa locura que los poetas pusieron al servicio de la sensatez y la belleza. Se parece a Sancho, pero hace mucho tiempo que trajina contra molinos de viento usando su ternura como una adarga.

Cuando un poeta respalda su obra con su manera de vivir, merece cabalmente ese título que ahora, más que nunca, dignifica al ser humano. Porque en estos tiempos que obligan a debatirse con uñas y dientes, donde la esperanza aparece arrumbada en cualquier rincón que deje paso a la codicia y a la falta de escrúpulos, las frases que nos hablan de amor y solidaridad aparecen unguadas por un calor humano que creíamos olvidado.

Ser poeta hoy, cuando todas las palabras tienen un precio, es más que un oficio de locos: es oficio de santos. Nombrar a los cirujas, al bebedor de sobras, al peoncito, al desocupado, a los niños que venden diarios, a los olvidados, suena en este festival de alaridos fenicios como una disonancia. Y José Ríos lo sabe. Tal vez por eso, aunque sus versos contienen más verdad que todos los discursos altisonantes que nos caen como un diluvio, entrega sus libros con cierta actitud medrosa, como pidiendo disculpas. Es claro, sabe también que en esta época, la poesía es un pecado que muy pocos se animan a cometer.

Sin embargo, por suerte, es posible profetizar que alguna vez valdrá más la humildad de José Ríos que la engolada fatuidad de aquellos que miden la calidad humana por el precio de los chalecos y los quilates de las leontinas. Porque todo el

mundo sabe quien fue don Antonio Machado, pese a su “torpe aliño indumentario”, mientras ignora a los cresos de ocasión que mostraban sus dientes de oro en los salones madrileños. “HABITANTES DE BALDIOS”, menos mal, no es sólo un título; es también una confesión. Entretanto existan hombres capaces de aferrarse de ese modo a una tarea noble en medio de la incertidumbre, mientras vivan hombres buenos como José Ríos, no podremos dudar que vendrá, por fin, un amanecer sin niebla. Y eso ayuda a vivir.

La intención de elevar al hombre por encima de sus miserias cotidianas, la determinación de transformar al mundo en un lugar donde merezca la pena vivir, resultan cuestiones fundamentales que la crítica de nuestro país a veces ignora. Porque el análisis literario, que ha obedecido entre nosotros a los vaivenes políticos, necesitó eludir a menudo el compromiso ideológico –esa peligrosa actividad–, deteniéndose casi exclusivamente en el estudio de las formas. De tal modo, las intenciones quedaron subordinadas a las técnicas, las minucias estructurales devinieron en valor excluyente: se miraba la espuma para no tener que ver el fondo.

No obstante, las verdaderas necesidades del hombre, particularmente en aquello que atañe a sus ansias de paz y de justicia, hacen de la literatura un camino para mejorar la condición humana. O sea que la poesía es mucho más que un mero regodeo idiomático, mucho más que una hermosa joya inútil.

Este libro de José Ríos tiene esa gran virtud. Posee la encumbrada belleza que surge de la alta intención. Justamente eso, porque mueve al agradecimiento, porque enaltece a la literatura, es lo único perdurable.

Francisco Zamora

EDICIONES MOJOTORO. Impreso en Salta, República Argentina. Es propiedad del autor. Hecho el depósito que establece la Ley Nº 11723

***Empieza por contar las piedras,
luego contarás las estrellas.***

León Felipe

A

Julio Díaz Villalba

Roberto Albeza

y José Fernández Molina

VOLVERAN LOS PAJAROS

De pronto, todos nos conmueve
y nos duele desde adentro,
desde muy adentro.

Si se apagarán las estrellas
el corazón se quedaría quieto
y los ojos extranjeros
sobre el cielo vacío y desolado,
sin los jardines del aire
o las crecientes sumergidas.

Ay, si se nos terminara la vida
con las manos abiertas,
con la esperanza entre los dedos;
si se nos fueran yendo los temores
y nos alcanza la indiferencia;
si dejamos que se vayan los pájaros
incendiando las ramas ¡Ay!...

No quiero que se me quiebre el alma
ni que se la lleve el viento hecha pedazos,
que mi sangre no sea un río petrificado
ni una veta más
escondida en mi cuerpo.

Quiero ir hacia abajo,
recorrer el hueco de los laberintos,
oír el grito desesperado,
alcanzar el pan necesario
y sentir el mismo dolor que ellos,
para que entonces vuelvan
a encenderse las estrellas
y regresen los pájaros.

EL DESOCUPADO

Dame tu nombre, hermano
y la dirección de tu casa
que necesito ir a escuchar tu silencio,
quiero beber de cerca tus desventuras,
tu dolor ahogado,
para penetrar en tu grito rebelde.

Quiero tantear tu corazón
y salir luego a explicar tu angustia,
a que nos comprendan a los dos,
a vos y a mí,
a todos.

Dame tu nombre, amigo,
y tu apellido,
no te guardes nada
de lo que vociferas en tus embriagueces
cuando el vino te pone insolente
y agresivo.

Yo te comprendo
porque te he visto pobre y desocupado
y ahorrando tu sudor
te indemnizaron en cuotas.
Desde entonces, cada día tienen menos,
ni el pedazo de tierra que te pertenecía,
solamente necesidades.

Ya conozco tu nombre
y no hace falta que me digas
la dirección de tu casa.

INDAGATORIA

Lo llevaron detenido a declarar
y se puso pálido, confuso,
tartamudeaba cada palabra,
cada explicación
como si fuera culpable
de esa muerte ajena, criminal,
ocurrida en el boliche donde
solía ir a tomar su vino manso.

Lo empezaron a apurar
cuando sintió un golpe
duro en su estómago enfermo.
No veía a nadie,
sólo escuchaba palabras indagatorias
que le provocaron desesperación
y miedo.

El sabía del crimen pero no lo vio
porque estaba adentro,
solo como siempre.
Adentro, sí, adentro,
como estaba ahora
con los pies mojados y fríos
y las manos atadas, por si acaso.

Largas horas de tormentos
sin que lograra que le creyeran
hasta que alguien dijo: ¡paren!, ¡es otro!
... y desenchufaron la corriente.

Lo soltaron al amanecer
sin decirle nada
y el sol le mostró las manos
llagadas
y el cuerpo amoratado.

Mientras se iba sintió
algo así como vergüenza
y una profunda rabia

LOS OLVIDADOS

A donde quedaron aquellos
que nos dieron su cordial saludo,
sus corazones abiertos a cada rato,
a dónde están, en qué noches desconocidas
se refugian ahora, solos,
distráidos espectadores,
olvidados personajes,
amigos que se fueron apagando,
quedándose aparte.

Carpinteros con las herramientas filosas,
salpicados con pétalos de virutas
y aserrines fragantes;
juglares enamorados,
perseguidores de sueños
que arrimaban sus guitarras al calor
de los viernes.

Adonde aquellas mujeres alegres
que pasan desapercibidas y tristes,
bultos oscuros tendiendo las manos.

Esos poemas que alguna vez
empañaron los ojos,
lo mismo que aquellas canciones
que nombraban la tierra y su gente.
Campanas sin tañidos,
palabras que se sabían decir,
ríos hundidos en vagas memorias.

Duele mucho olvidarse
de esas cosas y muchas otras
que están en los olvidos.

LOS SEPULTUREROS

Están en no sé donde,
perdidos en las largas galerías,
quietos como los cipreses,
esperando a que los llamen
para acarrear el luto.

Sus tareas son una costumbre
fría como el viento que silba
en la punta de los árboles,
una herencia lúgubre.

Entierran y desentierran
de la misma manera, casi sin dolor,
de la misma manera que miran
hundirse el sol
o caer las hojas en otoño.

En las profundidades de las sepulturas,
abajo donde la tierra cumple
con su misión de recibirnos
buscan indiferentes,
restos calcinados, cenizas crudas
despojos informe de cadáveres desconocidos.

Ellos son los que un día, inexorablemente,
cuando queden adentro,
no extrañarán el sitio.
Sobre la carne y los huesos muertos
quedarán sus nombres y las fechas,
grabadas en cruz,
esperando una flor de papel
que los recuerde
y una vela encendida consumiendo sus memorias.

TEDIO

En cada curva, en cada recodo
de la vida,
acechan el dolor y la miseria
el recuerdo amargo y la venganza
que traicionan de golpe,
que hunden hasta los abismos
de la desconfianza y el temor.

Noches sin estrellas vivas,
cielos apagados, desiertos;
corazones vacíos sin deseos
ni angustias,
vientos amarillos y desolados
que penetran por la piel
y se poseionan de la sangre;
lamentos como aullidos arrojados
cercos de las intemperies,
desgarradas sombras
donde el hombre participa
con su cuota de llanto y de cal.

Rugidos como llamaradas
sobre la cruz y el odio,
terca realidad del hambre, paria conocido
desechando manos de beneficencias
y turbias sonrisas.

Sensación de la incertidumbre
y Dios en medio, aturdido
como nunca.

EL CIEGO

Joven nomás
la diabetes lo fue dejando sin luz
y ya, hombre grande, pensaba:
Qué pena vivir así, sin el color de las cosas,
sin el azul de la tarde
cayendo sobre los árboles.
Recordaba las nubes grises y oscuras
de otros veranos,
los relámpagos rasgando el firmamento
y la lluvia luego.

En su billetera guardaba
unos cuantos cabellos de su madre muerta.
Eran así, decía tanteando,
sin atreverse a mencionar su color
por temor a equivocarse.

Sabía que en el patio de su casa
las rosas eran blancas y rojas,
de paz y de pasión, como símbolos,
y que a uno de sus amigos lo llamaban “el negro”.

Sentía no poder ver más el arco iris
ni las palomas
que las escuchaba arrullar en el tarco vecino
todas las siestas
y estaba olvidando con el tiempo,
que el otoño se asentaba sobre el paisaje
dorando la pradera y sus montañas.

Tenía a veces ansias de mirar afuera,
pero del celeste apagado de sus ojos
brotaban solamente
lágrimas muy profundas
como semillas de agua.

LOS CIRUJAS

Grandes y pequeños, mujeres y niños
deambulando sobre los basurales,
escogiendo
lo que la ciudad desperdicia
sin medida.

Ellos, los que separan todo,
los que buscan su pan
entre botellas rotas y almanaques viejos,
juntadores de monedas escasas.

Doblados, con las manos lastimadas,
sucios de óxidos y aceites,
los cirujas escarban el lodo
toda la vida, desde pequeños,
como si fuera un oficio
esto de juntar lo que otros dejan,
camisas rotas o zapatos desaparejos
por ejemplo, que se los ponen.

El contratista viene todas las semanas
pero no se les acerca, le habla de lejos
y otro día les paga, o no les paga
porque rindieron poco.

Y siguen ahí, perdidos
sobre pequeñas lomadas de colores quebrados
de residuos que huelen mal
entre la niebla y el humo
de todos los días.

LA CASA Y SUS FANTASMAS

Ya no la habita nadie,
solamente la sombra de los árboles
y las cortinas
que el viento mueve en las galerías.

Dicen, cosas de los vecinos,
que ahora caminan sus baldosas
invisibles fantasmas desprendidos de las paredes,
espíritus atormentados que vuelven
a desandar sus pasos,
a borrar pasiones y herejías
abriendo armarios y alacenas desocupadas,
meciendo una hamaca con recuerdos de ternuras
que dejaron, por carcomida,
en el rincón de la sala, cuando los últimos
se fueron.

Aparecidos que se los escucha llorar
en los silencios de las medianoches
cuando los pájaros duermen
y los gatos de luto fosforescente
pasean sus maullidos en celo
por el patio del fondo.

Horror desmantelado,
relojes disueltos en la duda,
misteriosas sustancias impalpables
como duendes que huyen
con la floración de la higuera,
cicatrices filosas de los espejos
donde se quedaron las miradas
y se diluyeron los gestos;
almas atormentadas que se dejaron estar
en los visillos y el herrumbre
esperando los favores
de un famoso réquiem.

LA MISERIA

Menesterosa en las actitudes,
perversa en los sentimientos,
su negación se aloja ruin
en los corazones híbridos
y es tal cual
en la vocación de los avaros.

La encontramos en las manos mezquinas
a cada paso, en cualquier instante,
en las miradas distraídas,
en las bocas mudas de valor,
en los gestos canallas,
en los que no tienen lágrimas
y lo que es peor aún,
en los que las tienen secas.

De nada sirven las plegarias
ni los arrepentimientos deshechos
en las distintas formas del alma,
cuando la miseria de la carne
navega sobre un mar vacío
y se posesiona de sus tinieblas.

EL SUICIDA

La policía lo halló muerto en la intemperie,
tumbado sobre a gramilla y los bejucos,
humedecido de rocío bajo la luna nueva,
cubiertas sus manos de hormigas
en una lúgubre disputa con las alimañas
que le sorbían la sangre seca.

Era un perdido que abandonó su vida
en las tenebrosas sombras del alcohol y del vicio.
Fue como olvidándose, apresurado,
igual como olvidó una noche el olor de los jazmines
y la tibia brisa de la primavera.
Tampoco le importaba ya
los rojos amaneceres que sabía mirar,
emocionado,
sobre los cerros lejanos.

Dejó de preguntarse por el hijo
que se fue
y por la mujer que dejó una mañana
en la enfermería de hospital.
Al único amigo que le quedaba...
se lo llevaron.

Estaba derrotado del todo
y olvidado por todos;
recordaba a veces una letra de tango
y la silbaba
ya que cantar no podía.

Se mató porque sí,
con su propia vida,
y le taparon la cara con el suplemento
de un diario donde se leían
unos versos tristes.

Levantaron el cuerpo
y quedó tendida su forma
sobre la gramilla y los bejucos marchitos.

BEBEDOR DE SOBRAS

No es ni un mendigo
ni un haragán más,
es un hombre como muchos,
sin destino, o tal vez
ni con eso.

Vive sobre la humedad sombría
de los tagaretes
y va por calles y pasajes oscuros
sin animarse a caminar sus veredas,
sin mirar a nadie,
como avergonzado de sí mismo
o de su traza.

Náufrago en su propia embarcación
indiferente a la estrellas
recorre bares y cantinas
solitario
en busca de mendrugos
para su hambre cotidiano.

Cuando comienzan a apagarse
las luces ahogadas en humo,
relajadas de bullicios y saludos,
su mano se tiende fugaz sobre los vasos
últimos, empañados, con sobras de alegrías
y se los bebe rápidamente
como si estuviera robando
lo que ya no es de nadie.

Se va, huye tal vez
y al pasar levanta un pucho,
encendido todavía, con gusto a rouge.

VENDEDORES DE DIARIOS

“Changuitos de madres pobres de donde estarán viniendo a vender noticias nuevas para mermar sus remiendos”.

En los inviernos crudos,
en las madrugadas
cuando el aire es un puñal quemante,
el vendedor de diarios,
parado en las esquinas,
ofrece lo ocurrido, la noticia
que ya desde su pregonar se va
hacia el olvido, hacia las sombras
sin memorias del tiempo.

Y el grito se junta con otros gritos
alrededor de papel ardiendo,
encendidos para las manos frías
y los pies desnudos,
mientras una mujer, sin fisonomía,
cuenta y reparte entre sus hijos
el trabajo diario.

Suele ocurrir
que algún trasnochado bohemio,
bondadoso,
se arrime a la pequeña fogarada
y les compre todos,
generosamente se los restituya
y se vaya bostezando
por la recova indiferente

RANCHERIO

Allá, donde la tierra
es de precio rebajado,
en los zanjones que dan cabida
a los desperdicios y a las moscas,
se alza el rancharío
de los que tienen poco.

Con viejas latas de grasa
herrumbradas y filosas,
unidas a desteñidos lienzos
–retazos de algún cielorrasso
que la demolición arroja en los baldíos–,
el pobrerío levanta sus habitaciones,
refugio para sus intemperies,
cubiertas de chapas rotas
empedradas contra los vientos.

Alguna vez
ví uno de esos ranchos últimos
armado con el latón de los ataúdes,
extremo de pobreza
que dolía hasta en el aullido de los perros.
Sin un árbol siquiera
ni el más mínimo brasero
para rescoldear el mendigado pan,
un hombre inválido
moraba sus rendijas
acostumbrándose a la muerte.

Cada rancho es un mundo desconocido,
terrible, plantado sobre el tierral
y el barro
donde viven los que tienen hambre.

LA POBREZA

Anda suelta por todas partes
sin importarle nada.

Vive apeñuscada en los baldíos
tenebrosa a veces,
humildemente la mayoría.

Se lo pasa yendo y viniendo
en los bolsos de los mendigos
carreando lástimas
y bendiciones,
usada en las tribunas panfletarias
y esperanzada en las otras,
en las que por último
les importa poco.

Su nombre es así: **POBREZA**,
y cuantas veces
damos vuelta la cara
para que no nos comprometa.

SOMBRAS

Tiene la tierra, todavía,
seres sombríos, agobiados,
llenos de indecisiones y fracasos,
sin estrellas, pobres del todo;
lejos de la música y del viento
carecen del mar y del árbol.

Con los seños frustrados
se dejan estar, solitarios;
escondiendo los ojos
y balbuceando gestos y ademanes
se parecen a las tinieblas,
son los desalojaos de siempre,
los no son del trigo y de la siembra.

El dolor y la lástima en pareja
y así, muchos todavía.

EL PEONCITO

Ese hombrecito callado
que ya ni siquiera es peón
tiene las manos calientes
y helado su corazón.

Es el que cuida los perros
mientras atiza el fogón
el que ensilla los caballos
y duerme en cualquier rincón.

Pa' levantar la cosecha
le conchaban el sudor
y aunque sea cosecha buena
nunca le pagan mejor.

Por ahí les deja el trabajo
y lo abandona al patrón
también en andar de vicio
tiene derecho y razón.

El peoncito de la finca
trabaja de sol a sol
los sábados a escondidas
se emborracha con alcohol.

Tenía nombre y apellido
domicilio y situación
se fue quedando sin nada
y ya ni siquiera es peón.

SE ENCUENTRAN OTRAS COSAS

Se encuentran estas cosas en mi tierra,
todavía están presentes,
crecen a veces cuando al trabajo y al dinero
lo reparten mal o es mezquino.

Hay todavía niños descalzos,
con las manos limosneras
tendidas en las intemperies;
padres indiferentes,
perdidos en el alcohol de los boliches,
con oscuras ilusiones y negras esperanzas.

Su suceden estas cosas en mi tierra.
Junto al trigo que se ondula en las praderas
hay quienes mastican la pobreza
golpeando la puerta del vecino;
y otros, los abandonados,
los que ya nada les importa,
los que caen en las sombras,
esos que se van del todo,
los irremediables.

Y están aquellos que perdieron sus guitarras,
juglares y poetas incomprendidos
que se sienten abandonados por las estrellas
y que los recoge el manicomio
para cuidarles las coplas.

Cerca nuestro nomás, los pordioseros,
los que piden por un dios que no conocen,
que han visto solamente pasar,
una tarde de setiembre,
lacerado y sangrante como ellos
los habitantes del frío.

Cosas como éstas se hallan en mi tierra
todavía.

Familias enteras, hacinadas
en los cuartujos de los nuevos baldíos,
trepando su miseria por lejanas laderas,
acosadas de alimañas, rodeados de nada,
extranjeros en su territorio,
con el agua escasa

y el hambre cerca, muy cerca.

Se encuentran estas cosas...
están aquí, lamentablemente

INDICE

VOLVERAN LOS PAJAROS.....	7
EL DESOCUPADO.....	8
INDAGATORIA.....	9
LOS OLVIDADOS.....	10
LOS SEPULTUREROS.....	11
TEDIO.....	12
EL CIEGO.....	13
LOS CIRUJAS.....	14
LA CASA Y SUS FANTASMAS.....	15
LA MISERIA.....	16
EL SUICIDA.....	17
BEBEDOR DE SOBRAS.....	18
VENDEDORES DE DIARIOS.....	19
RANCHERIO.....	20
LA POBREZA.....	21
SOMBRAS.....	22
EL PEONCITO.....	23
SE ENCUENTRAN ESTAS COSAS.....	24

***Este libro se terminó de imprimir en los Talleres de ARTES GRAFICAS S.A.
SALTA (Rep. Argentina) en el mes de agosto de 1985,
bajo el cuidado de don Miguel Bianconi
y la colaboración de impresor
Federico Rodríguez
y demás personal grafico***